

pentinamente percibí un leve rumor á cierta distancia de mí; asemejábase este al ruido que hace un cuerpo que se agita sobre la yerba. Acercóse este rumor y percibióse mas distinto. Como no era continuado, adiviné que se adelantaba con precaucion el sér animado que lo producía. También habíalo oído Constantino, y á la vez que yo, procuraba, pero en vano, penetrar las densas tinieblas que nos cercaban.

“Despejóse un instante la luna; pero todo volvió á quedar sumergido en las tinieblas, y el rumor, que se habia suspendido, volvióse mas y mas significativo. Encontrábame yo inmediato á un peligro; bien lo comprendía, y preparé inmediatamente mi fusil. Siguióse de nuevo el silencio, y sucedióse á éste un crujido como el de una rama que se rompe ó el de una arma que se prepara. De nuevo volvió la luna á alumbrarnos escasamente, y habiéndose apartado por fin un nubarrón que la ofuscaba, inundónos repentinamente con su luz argentada. Tan luego como apareciera, ví levantarse como á veinte pasos de mí un bulto blanco, sobre el cual hice puntería gritando: *¿quién vive!* Vi salir un relámpago, oí la detonacion de un fusil, dejé ir yo el tiro, y desapareció el bulto blanco en medio de la nube que formara el humo. Durante este breve intervalo, habíase de nuevo ocultado la luna y habíamos vuelto á quedar rodeados de tinieblas. Hasta entonces no vine á sentir un agudo dolor en el brazo izquierdo: desvaneciómese la vista, faltáronme las fuerzas y caí por tierra.

“Dos horas despues volví en mí y encontréme tendido en la guardilla: alistaba el cirujano sus instrumentos para amputarme el brazo, que habia hecho pedazos la bala. En un rincón percibí el cuerpo de un beduino envuelto en su manto, y á Constantino con semblante desfigurado y zahareño, reclinado sobre este cuerpo: llaméle y pareció que no me oía. ¡Ay! bien digno de compasion era el pobre niño. Cuando al ruido de la esplosion de nuestras armas habia acudido la fuerza del apostadero, Constantino, obedeciendo á no sé qué impulso interior, habia corrido hácia el punto en que habia parecido desvanecerse el bulto blanco; y ¿qué vió en él? ¿á su verdadero padre, muerto por mí, padre adoptivo suyo! Constantino, cuya cabeza estaba ya tan débil, no habia podido soportar este nuevo pesar y habia perdido el juicio.

“Vedle: refiero estos sucesos en su presencia y ni los oye ni los comprende. Vi morir á su madre y á su hermana, he muerto á su padre, y era justísimo que adoptase al desdichado niño.”

—¡Oh! es magnífico lo que has hecho, Pedro Martin, exclamaron todos los oyentes, y bendigate Dios, porque eres un esforzado y escelente mozo. Tu protegido lo será también nuestro, le ayudaremos á cubrir

sus necesidades, y nunca faltará en nuestras chozas un asilo y un pedazo de pan para el huérfano de Constantina.

Acababan de dar las once las campanas de la añosa iglesia del lugar, y retiráronse los concurrentes colmando al buen Pedro Martin de bendiciones.

VIAJE A LOS ANTIPODAS.

A consecuencia de una sentencia infamante, desterróse á Juan Oliver á Botany-Bay (Bahía Botánica); pero dejó en Inglaterra á su consorte, escelente muger que no habia conocido los crímenes que cometiera su marido, sino para llorarlos y rogar á Dios que se los perdonase, y dos hijos, Tom (Tomasito) y Jenny (Juanita), que no habian tenido noticia de las desgracias merecidas de su padre, sino para desear darle algun dia consuelo. La tierna edad de estos dos niños habia sido la única causa que impidiera á la infeliz madre seguir al sentenciado á su destierra. Pero tan luego como consideró que podria emprender el dilatadísimo viaje de Plymouth á Botany-Bay, apresuróse á escribir á su marido, que en breve se le reuniria. Desgraciadamente falleció esta escelente muger antes de poner en ejecucion su proyecto. Tom y Jenny, en medio del espantoso aislamiento á que vinieron á quedar entregados, desearon con mas ansia que antes ver á su padre. Un dia, pues, que derramaban abundantes lágrimas sobre el recién abierto sepulcro de su madre, y que fuertemente abrazada la una con el otro, parecian preguntarla qué harian, vino á fijárseles en la mente una enérgica y noble idea; resolvieron emprender solos el viaje que antes habian debido hacer bajo el materna amparo. Cuando hubieron dicho que semejante inspiracion les habia venido estando sobre el sacro sepulcro de su madre, nadie se atrevió á disuadirles de su designio. El magistrado que, con arreglo á la ley, habia quedado á cargo de los escasos bienes que habia dejado la Señora Oliver, reunióles una reducida, suma que aumentó algo todavía la beneficencia de algunas almas compasivas, y á poco se embarcaron nuestros dos niños en Plymouth, en un bajel, el cual se habia conseguido que los llevase gratis.

Por espacio de mucho tiempo, ningun acontecimiento extraordinario ocurrió en el viaje, y Tom y Jenny habrian pasado del uno al otro hemis-

ferio sin sentirlo, por decirlo así, si la naturaleza hubiese continuado presentándoles el mismo clima y los mismos espectáculos que en Europa. Pero los nuevos mares en que entraban habrían bastado por sí solos, aun sin el aspecto de las dilatadas costas, á la inmediación de las cuales fondeaba de vez en cuando la nave, para llenar de un continuo asombro la imaginación de nuestros dos niños. Aquí la superficie del Océano relumbra cual si fuese una tela de plata; allá desplegábase sus olas formando inmensas cascadas de azufre y betún inflamados; algunas veces parecia que de la profundidad de sus abismos se desprendían millares de brillantes estrellas, en tanto que debajo de sus ondas veíanse rodar masas encarnadas, ya cuadradas, ya esféricas, que ora girando sobre sí propias, se desarrollaban formando espléndentes guirnaldas, ora se dilataban tomando la figura de sierpecillas luminosas. Otros momentos había en que el Océano parecia como adornado con una banda de luz larga, móvil, undosa, cuyas estremidades iban á dar á los límites del horizonte. En fin, aquellos mares resplandecientes hasta en el seno de la noche, de colores azules, róseos, argentados, naranjados, producían el mágico efecto de un inmenso caleidoscopio, cuyo esplendor apenas podía soportar la vista.

Precedida y seguida desde antes del tránsito por el Ecuador, de estas magníficas series de flotantes luces, la nave, después de haber doblado el Cabo de Hornos, que forma la estremidad meridional de América, entró en el mar del Sur ó Océano Pacífico, y penetró al centro de innumerables grupos de islas que anunciaban á Tom y á Jenny que se aproximaban á la principal de las tierras australes de la Nueva Holanda ó Australia, que era á donde desde tan lejos habían venido á buscar á su padre. Vieron islas enteras formadas de rocas de coral, obras prodigiosas de diminutos animales que se denominan madréporas, que son casi imperceptibles á la vista, y que producen, sin embargo, esa rica materia casi tan dura como el diamante, con que se hacen brillantes collares. Muchas veces se vió el bajel en riesgo de estrellarse contra los arrecifes de coral de las islas que componen el Archipiélago Peligroso, ó sea de Pomotou.

No se podía atravesar el archipiélago de la Sociedad sin dar fondo en Taiti que es la reina de aquel archipiélago, y acaso por su hermosura, de todo el mar del Sur.

Desde la víspera viéronse las montañas de aquella isla encantada salir de entre las nubes doradas por los rayos del sol poniente. Tom y Jenny se dirigieron con presteza al alcazar (1) de popa para contemplar aquella tierra que hechiza á cuantos navegantes á ella llegan.

(1) Parte mas elevada que el puente ó la cubierta de un bajel. Navas hay que tienen un alcazar popa (parte posterior) y otro á proa (parte anterior).

Al rayar el día un ligero viento que sopló trajo de la tierra una deliciosa fragancia. Los montes, cubiertos de bosques, levantaban al cielo sus majestuosas cumbres por sobre las cuales se percibia ya la luz del sol naciente; mas inmediata á la nave veíase una serie de colinas de una pendiente mas insensible pero cubiertas de arbolado como las anteriores y ostentando sus tintes verdes y pardos; á la falda de ellas dilatábase un planio adornado de esos preciosos árboles del pan que son como la providencia de las islas de aquellos mares, supuesto que ofrecen con sus frutos al hombre un sabroso alimento, con sus hojas amplios parasoles, con su corteza machacada vestidos escelentes, y con su ahuecado tronco piraguas para surcar las ondas. Al lado de los árboles del pan elevábase el coco y el palmero gigante. Desembarcaron nuestros navegantes en aquellas encantadas playas, donde en el término de menos de 50 años se ha entronizado la civilización europea y el cristianismo. Sin embargo, en medio de los campos quedaban aún bastantes resquicios de las preciosas costumbres antiguas del país para que se pudiese juzgar de lo que debieron haber sido en su origen. Tom y Jenny tomaron una linda vereda que los condujo á varias habitaciones que estaban medio ocultas bajo las anchas hojas de los platanares, cocos y árboles del pan, que á su inmediación estaban sembrados. Las largas hojas del pandaug, sostenidas por columnas de madera bruta, servían de techumbre á aquellas viviendas. Como un simple techo basta á los taitianos para ponerse á cubierto de las lluvias, y de los rocíos de la noche, y como el clima de aquella isla es acaso el mas delicioso de la tierra, están las casas abiertas por ambos lados. Delante de cada una de ellas veíanse grupos de individuos sentados ó acostados sobre un florido césped, y parecia que pasaban sus días de aquel modo, gozando de un gratisimo descanso, en aquel privilegiado suelo, que para producir no necesita de cultivo. Levantáronse algunos al ver que se acercaban Tom y Jenny, y ofreciéronles con empeño algunos frutos del árbol del pan y agua de coco. Los dos niños, creyéndose trasportados á algun paraíso terrenal, hicieron entender con ademanes de agradecimiento que aceptaban con gusto lo que de tan buena voluntad se les ofrecía. Sentáronse á su vez sobre las yerbas de aquellos bosquecillos, en los cuales veíanse algunos diminutos papagayos de un lindo azul zafiro volar entre las copas de los mas elevados cocos, al paso que otros, de un color verdioso con manchas encarnadas, asomaban por entre los platanares ó se percibían en las mansiones de los habitantes de la isla, que los domesticaban. Mientras duró la rústica comida de nuestros dos niños, un jóven taitiano tocó varias tocatas soplando, segun la antigua costumbre del país, con la nariz y no con la boca, una flauta de caña mambú que tenia tres agujeros.

Cuando se retiraron Tom y Jenny para regresarse á la nave, acompañóles una comitiva, y todavía se les dió una considerable porción de sabrosas frutas. ¡ Ay! con sumo sentimiento, sin duda, se habrían desprendido los niños de esta deliciosa isla, si el objeto de su viaje no hubiese sido el de trasladarse á vivir en aquel lugar de destierro, al cual se habia condenado á su padre.

Dió la vela el bajel de Taiti y tomó el rumbo de la Australia cuidándose de no pasar por las dos grandes islas de la Nueva Holanda, horrenda comarca cuyos pobladores se alimentan con sus semejantes; odiosa costumbre que todavía se observa en muchas de las demas islas del mar del Sur.

Encontrábanse Tom y Jenny entre los verdaderos antípodas de Europa, y ya habian dejado á un lado los de París que se hallan á corta distancia de la isla de Bristol, al S. E. de la Nueva Zelandia.

Figuraos, hijos míos, que si fuese transparente el globo de la tierra, y la vista del hombre tuviese tanto alcance, habriais podido ver á Tom y Jenny viajando piés arriba y cabeza abajo por la parte opuesta á vosotros directamente, y en fin, del mismo modo que os veriais si sobre un espejo camináseis. Tom y Jenny eran entonces vuestros antípodas, y erais los suyos vosotros. Los antípodas son aquellos países que están situados precisamente al lado opuesto de aquel en que nos encontramos, y los antípodas de nosotros los europeos son las tierras australes del mar del Sur ó Océano Pacífico.

En los antípodas de Europa, cuyo centro principal es la grande isla de Australia una parte de la cual descubrieron los holandeses, quienes á los principios la denominaron Nueva Holanda, todo es al revés de nosotros. Es un verdadero mundo trastornado.

Allí es de dia cuando entre nosotros es de noche, cuando allí hay estío nosotros tenemos invierno; cuando están allí en el otoño estamos nosotros en la primavera. El barómetro baja cuando va á hacer buen tiempo y se levanta para anunciar las tempestades, al contrario de lo que entre nosotros sucede. Allí el viento del Norte (nuestro viento glacial) es ardiente, y frio el del Mediodía; en fin, hay ciertos rios que en vez de dirigir sus corrientes hácia el Océano, como por lo comun sucede, parecen correr en sentido inverso.

Cuando Tom y Jenny desembarcaron en Australia no vieron allí ninguno de los árboles ni de los animales de Europa, ó si por casualidad percibieron algunos, diferian en tal extremo de los nuestros, que habria sido necesario tener los ojos de un naturalista para conocerlos. Los cisnes eran negros como cuervos y las águilas de un blanco brillantísimo. Tom

y Jenny vieron un animal de dos piés y sin plumas, alas ni lengua, el cual tenia una piel que participaba de la naturaleza del pelo y la pluma: era el casobar de Nueva Holanda. Mas allá encontráronse por el contrario con un zorro, de un aspecto horrible, pues tenia alas y volaba sobre guindos, que á medida que crecian arrojaban por defuera el hueso, y sobre perales, cuya fruta estaba pendiente de la rama por su parte mas gruesa y no por la mas angosta y prolongada. Encontráronse despues con el orpitorinco, que tiene un pico semejante al del pato, piel de vaca, cuerpo y piernas de cuadrúpedo, patas con espolones como gallo y que pone huevos como gallina: tambien vieron un echineo, animal no menos extraño, pues se asemeja exteriormente á un erizo, cuyas espinas estuviesen envueltas en un grueso fieltro, y alcanza á su presa arrojando sobre ella su lengua, que es sumamente larga y que se agita como una sierpe.

En fin, entre cien diversas especies de animales, á cual mas singulares, vieron nuestros dos niños el cangarú, animal que consideraron como un sér sobrenatural los primeros viajeros que desembarcaron en las costas de Australia, á consecuencia de su extraña figura. Hay mas de quince diferentes especies de cangarús en Australia. Todos tienen las piernas traseras sumamente largas, y las delanteras, que les sirven de manos, sumamente cortas; su cola, que es de una elasticidad y de un vigor extraordinarios, les sirve de tercera pierna trasera de la cual hacen uso para apoyarse, sentarse y arrojarse repentinamente de un lugar ó de un árbol á otro á mas de treinta toesas de distancia. Observaron nuestros niños que algunos cazadores iban en persecucion de una manada de cangarús con el auxilio de una cuadrilla de perros europeos, porque los de Australia son monteses, parécense al chacal y su mordida es venenosa. Las hembras de los cangarús perseguidos llevaban á sus hijuelos en un buche que tienen debajo del vientre, y varios machos viejos dirijian la retirada que emprendian todos hácia los bosques. Cuatro de los perros afianzaron de la piel á una de las hembras de los cangarús, que arrojó un lastimero grito, pero sin detenerse y llevándose á sus cuatro verdugos suspendidos de ella. En fin, viendo que se iba aumentando mas y mas el número de los perros que la perseguian, arrojó con un movimiento de desesperacion á sus hijuelos fuera de aquel su saco natural, para encontrarse mas despejada y prepararse á la pelea, y colocólos á su espalda. Entonces, apoyándose sobre sus patas traseras y su cola, luchó primero, manteniéndose en pié, sirviéndose de sus patas delanteras. Habíéndose uno de los perros aventurado á atacarla de frente, comprimióle con tanta fuerza que le ahogó, y al mismo tiempo despanzurró á otro con

las agudas uñas que tienen estos animales en las patas traseras. En fin, hubo de sucumbir al número de sus enemigos después de haber arrojado un último grito lamentable sobre sus hijuelos, que parecían quererse volver á ocultar en aquella bolsa de la madre en la cual nacieron, en la que se habían alimentado y de la cual no habían salido poco antes sino para brincar alegremente en derredor de la pobre madre.

Este espectáculo había conmovido en sumo grado á Tom y Jenny. Apartaron de él sus ojos y contemplaron con admiración, por un momento, varias hermosas oropéndolas, príncipe regente, vestidas la mitad de color amarillo de oro y la mitad de un color negro aterciopelado, cuyas aves volaban de un lado á otro, entre corpulentos encalíptus, que son los árboles mas comunes en aquellas comarcas; algunos halcones de un blanco nevado, algunos variados casicaraes, varios cenicientos cereopris y diferentes moscasetas, cuyo chirrido imita portentosamente el chasquido de un látigo. También contemplaron algunas preciosísimas aves del paraíso, algunas entregando al viento dos largas plumas desprendidas de la cola, plumas que se terminaban ya en manojos, ya en penachos, otras pintadas de un brillante encarnado punzó en los costados, y de un verde esmeralda que les formaba hermoso tornasol amarillo de oro en derredor del cuello, sobre el lomo y el vientre, y que dejaban ondear al aire dos tirillas enroscadas semejantes á flotantes banderolas á los dos lados de la cola que formaba una curva parecida á la del arco-iris, pero de colores mas resplandecientes que los de aquel fenómeno atmosférico.

Estas maravillosas aves, ora se posaban sobre cosarminas, tristes árboles que jamás tienen hojas, donde resaltaban sus colores sin que los ofuscara la sombra, ora iban á extraer el licor sacarino que contienen las espigas del xantorea arborecente, de cuyos tallos hacen sus dardos los salvajes, ó ya se perdían en aquellas dilatadas selvas de la Australia, que siempre se conservan verdes, pero las cortezas de cuyos árboles, que están pendientes de los troncos y contra ellos sin cesar se agitan, presentan el aspecto de una vasta ruina de la naturaleza.

Pero cuál no fué el terror que se apoderó de los niños, cuando de en medio de un soto de ortigas altas y gruesas como fornidos árboles y de helechos no menos corpulentos, vieron salir una de aquellas espantosas culebras negras de la Australia, cuya terrífica ponzoña, que en menos de diez minutos ocasiona la muerte, ha hecho que se les dé el nombre de acatósis-verdugos. Encontrábanse los niños á corta distancia de aquel reptil horrendo, é iban infaliblemente á ser sus víctimas, cuando un australino de tez negra y de aplastado rostro, que tenía las ventanas de las narices casi trasversales, los labios gruesos, la boca desmesuradamente ancha,

los ojos medio ocultos por el párpado superior, las mejillas y el pecho pintados de encarnado, la frente y las sienes señaladas con rayas blancas, y que llevaba en la ternilla de la nariz un palito redondo, y cubiertos los hombros con una piel de cangarú, salió repentinamente de su misera choza, formada de ramas enlazadas. Esta aparición causó á Tom y Jenny casi tanto pavor como la de la horrible culebra negra que les amagaba. Afortunadamente, un blanco, un europeo, apareció casi inmediatamente que el salvaje, y acercándose á los dos niños, por un movimiento instintivo procuró tranquilizarlos. Entre tanto, el salvaje se había abalanzado sobre la culebra, y después de haberle acometido con una especie de sable curvo de madera, denominado talanamang, con el cual la hirió á mas de cuarenta pasos de distancia, no tardó en acabar con ella por medio de su macana ó sea woudah. En vano procuró el reptil, al morir, arrojar sobre su vencedor su mortífera ponzoña; éste estaba acostumbrado á este género de peligros, y se libertó de él con varias rápidas evoluciones que hizo.

Tom y Jenny, pero en particular esta última, encontrábanse mas muertos que vivos en los brazos del europeo, á quien con aire de triunfo llevó el salvaje el reptil muerto. Hizo el europeo un ademán de agradecimiento al australino, y puso luego sus ojos, arrasados de lágrimas, en aquellas dos débiles criaturas que parecían cifrar en él sus esperanzas, porque no sé qué voz secreta les decía que no le eran estrañas.

—¿Quiénes sois y de dónde venis, pobres niños? preguntó con voz conmovida el blanco.

—Somos ingleses; nuestra madre se nos murió y venimos á buscar á nuestro padre, aquí donde le ha conducido la desgracia.

—Decid mas bien su crimen, repuso el europeo... pero crimen que Dios, que es fuente inagotable de misericordia, perdonará al cabo, pues sin duda ha variado de modo de vivir, y su destierro, lejos de hacerle obstinarse en la infamia como á muchos otros criminales que vienen á Botany-Bay, le habrá conducido al arrepentimiento.

Tom y Jenny se deshacían en llanto, y el europeo, que no cesaba de contemplar á aquellas inocentes criaturas, por entre el velo de melancolía que ofuscaban sus ojos, no dejaba también de verterlo.

—Habeis dicho que sois ingleses y que venis en pos de vuestro padre, ¡ay! si supiese yo el nombre de mi compañero de destierro, quizá podría conducirlos á su presencia.

—Su nombre es Juan Oliver, contestó Jenny con voz que sofocaban los sollozos.

—¡Juan Oliver! ¡tan luego como os ví me lo pensé! exclamó el euro-

peo. ; Ese Juan Oliver soy yo, y vosotros sois mis hijos, mis pobres hijos! ; Tenga Dios misericordia de vosotros y de mí!

Tom y Jenny no pudieron articular una sola palabra con sus labios; lloraban, y esta era su única elocuencia. Quedóse el padre un momento sin habla, y el salvaje australino, que presenciaba aquella patética escena, mostrábase también estremadamente conmovido. Por fin, llevóse Juan Oliver, con paso lento y semblante cogitabundo, á sus dos hijos, á las inmediaciones de la ciudad de Sidney, donde habia conseguido, á consecuencia de la conducta sin tacha que observara desde su destierro, que se le permitiese domiciliarse sin que ya tan rigurosamente se le vigilase. No habia labrado una de esas escandalosas fortunas de millones que algunos vemos acumular á sentenciados á Botany-Bay, grande penitenciaría que tienen los ingleses en su vasta colonia de Nueva Holanda, que está situada en las costas de Australia, á la falda de la cordillera de los Montes Azules; pero sí á fuerza de trabajo habia logrado hacerse de medianos posibles, de que con una especie de felicidad hizo partícipes á sus hijos, cuya presencia fué en lo sucesivo todo su encanto, toda su esperanza, todo su consuelo.

HISTORIA DE RUTH.

Hubo en otro tiempo en la Judea una absoluta falta de comestibles. Elimelech, vecino de Belén, fuése pues á la tierra de Moab con Noemi su muger y sus dos hijos, á buscar hospitalidad, porque el hambre habia respetado aquella comarca. No sobrevivió mucho tiempo á su espatriación Elimelech; casáronse sus hijos con dos doncellas de Moab quedándose de este modo lejos de su patria, pero algunos años despues siguieron á su padre al sepulcro no dejando á la viuda Noemi otro consuelo que sus dos nueras. Una de estas se llamaba Ruth, y la otra Orpha.

—Hijas mías Ruth y Orpha, díjolas un día, venid; vamos al camino que á Israel conduce.

Inmediatamente obedecieron ambas á su madre adoptiva, y cuando hubieron caminado un poco, detúvose Noemi.

BIBLIOTECA DEL ESPECTADOR DE MÉXICO.
Historia de Ruth.



Rafael y Vilá, editores.

Litog. de Decaen.

Señor como he podido hallar gracia en vos, yo que no soy mas que una pobre estrangera?